

LA REVOLUCIÓN EN EL PERÚ, COMO PROBLEMA Y POSIBILIDAD A TRAVÉS DEL HORIZONTE GRAMSCIANO Y MARIATEGUIANO

Joel Rojas Huaynates

Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima-Perú

La propuesta de José Carlos Mariátegui representó el surgimiento del socialismo peruano que tuvo un análisis a partir del materialismo histórico. La experiencia europea, especialmente en diálogo con la tradición italiana, le ha permitido desde el inicio alejarse de propuestas mecanicistas y positivistas que la II Internacional, ya caduca para aquella época, seguía enarbolando como la propuesta de transformación a partir de la creencia por un lado en un teleologismo historicista y la otra en la participación de las elecciones burguesas.

Mariátegui participó en los congresos obreros en Italia y conocía de cerca la actividad de Antonio Gramsci, a quien cita en varios pasajes de su obra. Estas vidas paralelas llegaron a cruzarse, y hoy ambos son pensadores influyentes en la izquierda latinoamericana. La recepción de Gramsci en el Perú fue moderada; he podido rastrear solo algunos libros sobre el marxista italiano, publicados en los años 80 por Francis Guibal, de origen francés, quien residió varios años en el país. En esa misma década se realizaron pequeñas compilaciones de la obra de Gramsci, así como algunas tesis universitarias que no llegaron a publicarse como libros. Además, varios movimientos sociales de orientación socialista —algunos no vinculados al Partido Comunista— incluyeron en sus revistas textos de y sobre Gramsci. Es el caso, por ejemplo, de publicaciones como *Socialismo y Participación* (que también difundía textos de Aricó, Laclau y Mouffe), *El Zorro de Abajo* y *El Caballo Rojo*.

Una hipótesis de trabajo plantea que, al consolidarse Mariátegui como figura emblemática de la izquierda peruana —y dada la existencia de ciertos planteamientos en común con Gramsci—, no se facilitó la incorporación del marco teórico gramsciano en los partidos políticos y movimientos sociales del país. Sin embargo, en los últimos años han surgido diversos estudios que analizan los encuentros y desencuentros teóricos entre ambos pensadores. Ambos parten de un análisis estructural de la economía, pero también otorgan un lugar central a la subjetividad humana en la construcción de hegemonía, entendida como un elemento clave en el proceso revolucionario.

Cuando Antonio Gramsci reflexionó sobre la cuestión meridional, puso en evidencia una fractura estructural dentro del capitalismo italiano: el abismo entre el norte

industrial y el sur agrario y atrasado. Para Gramsci, esta división no era simplemente económica, sino histórica, cultural y política, y requería una estrategia revolucionaria que articulara la alianza entre la clase obrera del norte y el campesinado del sur. Solo así se podría construir una hegemonía popular capaz de disputar el poder a la burguesía.

Esa idea gramsciana —de hegemonía como articulación entre clases subalternas y construcción de consenso más allá de la mera coerción— encuentra una resonancia profunda en el pensamiento de José Carlos Mariátegui. Aunque separados por contextos geográficos y realidades sociales distintas, ambos pensadores comprendieron que la revolución no puede pensarse desde modelos importados ni desde esquemas eurocéntricos, sino que debe surgir de las contradicciones concretas de cada sociedad.

En el caso peruano de inicios del siglo XX, el capitalismo se desarrollaba de manera dependiente, mediante un colonialismo externo ejercido por transnacionales, especialmente norteamericanas e inglesas, que extraían materias primas y controlaban enclaves económicos. Pero, al mismo tiempo, se reproducía un colonialismo interno sostenido por una oligarquía criolla que mantenía estructuras semif feudales en el mundo rural, sobre todo en la sierra andina. La gran masa indígena era explotada bajo formas serviles, excluida de la ciudadanía y de los beneficios del desarrollo capitalista.

Mariátegui analiza esta realidad partiendo del marxismo leninista. Retoma la tesis de Lenin sobre el imperialismo como última fase del capitalismo, y la cruza con la experiencia histórica andina. Pero a diferencia de un marxismo mecanicista o dogmático, Mariátegui propone una lectura creadora y situada, que reconoce el peso de lo cultural y de lo histórico.

Para él, la cuestión indígena es, ante todo, una cuestión económica, y por tanto de clase. El indio no es solo una víctima del racismo, sino fundamentalmente un campesino sometido a una estructura semifeudal de explotación. De ahí que la revolución en el Perú no pueda limitarse a una simple modernización capitalista o una reforma liberal: debe ser una transformación radical de las relaciones de producción, que integre a los pueblos indígenas no como objetos de caridad, sino como sujetos activos de la historia.

Tanto Gramsci como Mariátegui entienden que la hegemonía revolucionaria no se impone desde arriba, sino que se construye desde las alianzas entre sectores subalternos, y exige una profunda comprensión de las formas culturales de dominación. En el caso de Gramsci, se trata de desmontar la hegemonía cultural de

la burguesía industrial sobre el proletariado y el campesinado. En el caso de Mariátegui, se trata de descolonizar el pensamiento, de romper con el criollismo ilustrado y construir una vía socialista, arraigada en la experiencia comunitaria andina.

Lejos de ver en la comunidad indígena un vestigio arcaico, Mariátegui la concibe como un germen vivo de socialismo. Su propuesta no es volver al pasado incaico, sino proyectar lo colectivo hacia el porvenir, articulando una modernidad otra, no capitalista.

Ambos pensadores coinciden, en última instancia, en un mismo principio: la revolución solo es posible si se comprende el vínculo entre economía, cultura y poder. Y esa comprensión exige leer el marxismo desde el Sur, desde las periferias del capital, desde los pueblos excluidos, desde las voces silenciadas.

Así, Gramsci y Mariátegui dialogan más allá del tiempo: nos recuerdan que no hay emancipación sin imaginación política, y que la hegemonía popular se construye no repitiendo fórmulas, sino creando nuevas formas de lucha y de comunidad desde las raíces de cada pueblo.

El primer libro de Mariátegui, de *La escena contemporánea* (1925), fue recibido con notable interés tanto en los círculos académicos como en los políticos, ya que ofrecía una aguda radiografía de la situación internacional desde una perspectiva crítica y comprometida. Su mirada no se limita a Europa occidental —aunque le dedica especial atención—, sino que también se extiende hacia Asia y Oriente, anticipando un enfoque geopolítico global en su reflexión.

En este contexto, uno de los aspectos más relevantes de *La escena contemporánea* es su lectura temprana del surgimiento del fascismo en Italia. Mariátegui describe con claridad a Benito Mussolini, un líder que, en medio de la crisis de la democracia liberal, logra consolidarse como una figura carismática al ofrecer una alternativa que aparentaba ser revolucionaria. Sin embargo, el análisis del Amauta no se deja cautivar por la superficialidad del fenómeno italiano porque sostiene que el fascismo no representa una verdadera alternativa, sino una reacción violenta ante el avance del socialismo y la crisis del orden burgués. En vez de romper con el sistema capitalista, el fascismo lo refuerza mediante mecanismos autoritarios y conservadores, Gramsci fue uno que sufrió la violencia fascista.

Frente a ello, Mariátegui reivindica el comunismo como la única propuesta verdaderamente transformadora, una alternativa viable y necesaria para responder a las profundas desigualdades de su tiempo. Su postura no es meramente política, sino también una apuesta estética, es decir, una redistribución de lo sensible, en la

cual se trata de construir un orden nuevo sobre bases de la emancipación humana. Para Gramsci una revolución tiene una dimensión ética y política, podríamos entonces agregar lo estético. Porque Mariátegui fue consciente del rol que cumple el artista en el proceso revolucionario, así como el proletariado debe adoptar el mito de la revolución, los artistas deben apostar no solo por crear una nueva técnica sino también apoyar la transformación social.

Si bien Mariátegui no utilizó el concepto de hegemonía en su marco teórico, pero la gran experiencia italiana en torno a la filosofía de la praxis, la cuestión meridional y la actividad política de Gramsci le permitió comprender que el sujeto de la revolución no es un ente abstracto o un a priori, sino una articulación del proletariado, los indígenas, los artistas y los intelectuales. Esto se puede ver en su actividad editorial con la revista Amauta donde escribieron intelectuales latinoamericanos y europeos, además fue un espacio para mostrar las obras de artistas.

Ahora bien, quisiera centrarme en el concepto de revolución primero como problema en el Perú porque a lo largo de su historia ha tenido experiencias fallidas que la derecha actualmente sigue utilizando como instrumento discursivo para introducir en el pueblo el miedo a la revolución.

Uno de la primera ola fue las guerrillas de los 60, como es el caso del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Mir) que significó un momento de respuesta contra el orden oligarca peruano, pero lamentablemente fue abatido por las fuerzas militares (los cuerpos no fueron entregados: Luis de la Puente Uceda y Guillermo Lobatón). Posteriormente tuvimos un proceso revolucionario desde el Estado a través de las Fuerzas Armadas (contradictorio), en el cual se realizó una serie de reformas. La más importante fue la reforma de la tierra que significó un quiebre del colonialismo interno donde las extensas propiedades fueron entregadas al pueblo para crear cooperativas. Además, en este contexto, se reivindicó la figura de Tupac Amaru, César Vallejo y José Carlos Mariátegui, los cuales formaron parte del nuevo sentido común peruano. Lamentablemente, el plan Cóndor norteamericano desestabilizó este gobierno, como sucedió en el caso de Chile con Salvador Allende, y se desmontaron sus reformas. Sin embargo, este proyecto revolucionario militar fue condición de posibilidad para que por primera vez la izquierda gane una elección en el Perú en los 80, esto fue gracias a la articulación de una hegemonía llamada Izquierda Unida donde Barrantes fue elegido alcalde de Lima (experiencia que se debe revisar).

Ya en las elecciones de los 90, Mario Vargas Llosa postuló como candidato trayendo la fórmula neoliberal de los Chicagoboy, pero apareció un *outsider* de apellido Fujimori que tuvo una estrategia populista para captar los votos y finalmente copiar

el modelo neoliberal. Además, estratégicamente, se hizo ver como el Salvador del Perú frente a las consecuencias del conflicto armado, que ya a mediados de los 90 se encontraban en crisis porque no tuvieron apoyo popular.

La interpretación sobre el conflicto armado dado por la élite conservadora, las derechas y el Estado peruano ha sido insertado en el sentido común peruano como sinónimo de terrorismo, sin estudiar a detalle sus intersticios. Incluso, hablar de comunismo, socialismo, Fidel Castro, Cuba, Venezuela, Hugo Chávez ya es motivo de una estigmatización social. Actualmente, el gobierno peruano junto a la derecha ha creado mucha zozobra sobre el tema de seguridad donde el sujeto migrante venezolano es el responsable de dicha crisis, ocultando los verdaderos problemas: la precariedad de la vida peruana y la pobreza extrema en las regiones.

Si bien la hegemonía conservadora y de derecha se representan como demócratas, sin embargo, debemos pensar una propuesta de democracia socialista, este punto se vio en algunos momentos del debate en el Taller Escuela, pero quizá habría que tener una reflexión mayor.

Quisiera terminar pensando en la revolución como posibilidad que nos permita seguir pensando en la transformación de la sociedad peruana que busque articular una hegemonía ética, política y estética. Esto siguiendo el camino trazado por dos grandes figuras como lo son Gramsci y Mariátegui, pero también en diálogo con las propuestas contemporáneas del pensamiento crítico latinoamericano, como Aníbal Quijano y Enrique Dussel.

Así que, parafraseando un verso del poeta Cesar Vallejo, "hermanos, hay muchísimo que hacer".